**Fragmento de AMORES PROHIBIDOS (Diario de un hombre) – 2ª Parte**

**LA FOTO DE RAQUEL**

—Hola Raquel.

—Hola Alejandro.

— ¿Te llegó el correo con mi foto?

—Sí, sí, lo vi esta tarde antes de cenar.

—Pues ya sabes cómo soy.

—Sí, lo sé. De hecho la estaba viendo ahora de nuevo mientras te esperaba.

— ¿Y?

—Pues nada, que la tengo aquí delante.

—Hay que ver lo que cuesta arrancarte cualquier opinión, pero algo me tendrás que decir, salvo que quieras salir corriendo ahora mismo.

—Verás, para mí el físico es secundario, no te la pedí para saber si eras guapo o feo, sino para ver la expresión de tus ojos, la sensación general que me producía ver cómo eres en realidad.

— ¿Y qué sensación te ha dado?

—Me pareces un hombre amable y educado.

No sabía muy bien como tomármelo. Algunas mujeres me habían halagado con ese apelativo tan impreciso como el de “interesante”, como pasó con Patry, pero en esta ocasión no había llegado siquiera a ese nivel.

—Pues aunque uno a sí mismo se suele juzgar con bastante benevolencia, efectivamente me considero un hombre amable y educado.

—A partir de ahora cuando hable contigo tendré presente tu imagen y me resultará más fácil expresarme. Ya no lo haré ante un completo desconocido en la impersonal ventana de un chat. Lo haré con el hombre que he visto en esa foto.

—Me parece bien y te entiendo perfectamente, pero lo suyo sería que me correspondieras de igual forma, ¿no?

En realidad no tenía interés en saber cómo era Raquel. Desconocía la razón pero tenía la intuición de que no me resultaría atractiva, más bien lo contrario, —y más después de mi aventura con Patry—, y que eso de alguna forma pudiera influir en la relación de confianza que hasta ese momento tenía con ella. Prefería dejarme llevar por esa serenidad y comprensión que me había deparado, por esa sensación tan dulce que a veces me transmitía, manteniendo su físico en el anonimato. Quizá cuando la viera ya dejaría de tener esas sensaciones. Pero de alguna manera me veía obligado a pedírsela, pensaba que hasta le resultaría extraño que no lo hiciera, y por otra parte también sentía cierta curiosidad.

—El caso es que no tengo fotos mías.

—Vamos Raquel, eso no se lo puede creer nadie.

—Verás, tengo algunas, pero estoy con mi familia, con mis hijos…, no tengo una en la que esté yo sola. De hecho ni siquiera tengo cámara digital.

—Bueno, pues ya sabes que me la debes.

Es curioso pero sentí un cierto alivio. Tenía mucho más miedo a que su imagen me pareciera la de una mujer vulgar sin la sensibilidad que yo le atribuía, que verificar la posibilidad de que me gustase. De este modo, sin saber cómo era, todo podría seguir siendo igual, y yo me sentiría muy bien conversando con ella.

Esperaba algún tipo de respuesta a lo que yo le había escrito pero no aparecía nada en la ventana del chat. Igual era una momentánea pérdida de conexión, algo bastante frecuente entonces, así que esperé durante unos cuantos segundos más hasta que finalmente le escribí:

— ¿Estás?

Seguía sin responder. Estaba claro que se había “caído”, o bien que algún suceso en su casa le había hecho abandonar momentáneamente su presencia ante el pc. No era la primera vez que ocurría, los niños se peleaban a veces y ella tenía que levantarse a poner paz. Pero pensándolo bien era bastante tarde, y seguro que ya estaban acostados. Mientras reflexionaba sobre los posibles motivos de su ausencia apareció una frase suya en la ventana de conversación.

—Perdona Alejandro, es que estaba haciendo una cosa.

—No pasa nada Raquel. Te estaba esperando. ¿Ha ocurrido algo?

—No, no, nada. Te acabo de enviar un correo. Ese ha sido el motivo de que no pudiera escribirte en ese momento.

— ¿Un correo? Ah, pues sí, me acaba de entrar uno, y es el tuyo porque viene tu nombre en el remitente. ¿Te importa si lo abro ahora?

—Claro que no, para eso te lo he enviado.

Lo abrí en ese instante. No había nada escrito, tan sólo adjuntaba un archivo en formato jpg. Pinché en él y al cabo de unos segundos apareció su foto. Me quedé absolutamente embobado con la primera impresión, de ningún modo me la habría podido imaginar así. Si tuviera que resumirla con un solo adjetivo diría que me pareció un ángel. Recuperado de ese primer instante de sorpresa y con una inexplicable emoción en mi interior, me dispuse a fijarme en los detalles. Resultaba evidente que se trataba de una instantánea captada por su webcam, y con toda probabilidad en el momento anterior en el que parecía haber estado ausente del chat. La cámara debía estar situada a un lado del ordenador, a la altura de sus ojos, así que se la veía levemente de lado. Un primer plano en el que además de su rostro se podían observar sus hombros desnudos y los tirantes de una supuesta camiseta de color blanco que debería llevar en aquella calurosa noche de julio. Lo que más llamó mi atención fue la expresión de sus ojos. Pese a la escasa resolución de la imagen observaba en ellos un sinfín de sensaciones que incluso podía llegar a jerarquizar; en primer lugar complacencia, ilusión, y cierta expectación probablemente por saber cuál sería mi reacción al verla. Serenidad y también tristeza interior. Unos ojos profundos en los que parecían estar presentes todas aquellas imágenes que aún no había podido borrar de su memoria. Hablaban por sí mismos, como si narraran historias, todas las huellas de sus vivencias anteriores parecían estar presentes en ellos sin posibilidad alguna de ocultarlas o enmascararlas. Una mirada franca, sincera, expuesta, valiente y con algo de resignación. Parecía decir “esta soy yo, es lo que hay”. Pero a la vez también muy dulce, tierna, tímida, sin rencor ni resentimiento.

—Alejandro, ¿estás ahí? —escribió Raquel en el chat.

—Sí. Estoy viendo tu foto. Dame unos segundos más, por favor.

Con su pregunta, a todas luces impaciente, Raquel interrumpió mis pensamientos, y me apresuró a fijarme en el resto de detalles de su imagen. Tenía un pelo largo y lacio de color castaño algo cobrizo que le caía por los hombros y que en el lado del perfil más visible había recogido por detrás de su oreja para que pudiera apreciar mejor todo su rostro. Delgado, anguloso, nariz prominente, barbilla atrevida, labios finos y cerrados en ese momento esbozando una leve y contenida sonrisa. Volví a fijarme en su pelo, espontáneo, natural, con mechones que se escapaban aleatoriamente de él como rebelándose a estar junto a los demás. Se notaba que ni siquiera se había pasado el peine antes de hacerse la foto. No se apreciaba el más mínimo atisbo de coquetería en ella. La cabeza algo ladeada apoyando la mejilla opuesta en su mano, el pulgar cerca de su oreja, el resto se sus dedos doblados cerca de la sien, la mirada fija en la pantalla del pc, quizá en la ventana de nuestra conversación o en mi foto que dijo estar visualizando en ese momento. Se veía parte del respaldo de su silla y una pared lateral muy próxima a ella con dos tonos de color naranja, el inferior a modo de zócalo de altura superior a la de la silla más oscuro, rematado por una especie de cenefa en el mismo color.

—Alejandrooo, vale ya.

—Perdona Raquel. Lo siento, es que me he quedado bobo mirándote.

—Anda ya. Soy una mujer corriente.

—A mí me pareces un ángel caído del cielo.

—No me gustan los halagos, entre otras cosas porque no me los puedo creer. Así que ahórrate piropos.

—Podría estar hasta la madrugada describiéndote todo lo que he visto en esa imagen, y el efecto que me ha producido, pero sé que no me ibas a creer, y además no te gustan los halagos, pero sí que te diré una cosa. Quiero conocerte en persona.

—Eso ni lo sueñes. Yo no podría.

—Podrás evitar que te vea, pero no que sueñe en que te veo, en mirarte a esos ojos estando a un metro de ti, en dejarme llevar por la seducción de todas las sensaciones que he sentido al verte. No puedes evitar que sueñe Raquel. No se trata de atracción física, he visto tanta ternura en ti que siento un deseo inmenso de abrazarte, en sentido figurado por supuesto. Me pareces una mujer muy dulce, tienes un encanto muy especial, tienes… Mira, son tantas las cosas que me gustaría decirte que mejor las escribo y te las envío en un *mail*. Ahhh.., y como seguro que en ese correo no me acuerdo de estas, mejor te las digo ahora. Tú también me pareces una persona amable y educada.

—Jajajaja. Quizá sea en lo único que aciertes Alejandro.

—Estoy seguro de que en todo lo demás también, tanto que no sé ni cómo ni cuándo pero un día tú y yo vamos a tomar un café juntos y podré apreciar si todo lo que he sentido al verte es cierto o sólo imaginaciones mías.

—Ve haciéndote a la idea de que eso no podrá ser Alejandro.

—Bien, pues de momento solo soñaré con ello. Pero tengo que advertirte de algo.

—De qué.

—Pues que varias de las cosas que a lo largo de mi vida he soñado con enorme anhelo, luego se hicieron realidad.

—Bueno, tú sigue soñando, eso no es malo, yo también sueño cuando puedo. Nos ayuda a llevar mejor nuestra existencia.

—Sólo quiero saber una cosa Raquel. Si pudieras olvidarte de la distancia, y de todas nuestras respectivas circunstancias que lo impiden, si nada de todo eso existiera, ¿te gustaría tomar ese café conmigo?

 Se tomó un tiempo antes de responder finalmente:

—Sí.

—Pues entonces soñaré con ello. Dulces sueños Raquel. Hasta mañana.

—Hasta mañana Alejandro.

Me quedé frente al ordenador mirando, o más bien admirando, aquella imagen inesperada, aquél dulce rostro de mujer que tanto me había impresionado. No la había mentido, no sentía en ese momento una atracción física por ella pese a que respondía por entero a mis gustos. Su efecto fue el de aflorar en mi interior un sentimiento cercano a mis tiempos de niñez: el de la protección. Aquél con el que soñaba viéndome rescatando a mi princesa de las fauces del dragón, o de malvados carceleros que la tenían secuestrada. Aquél que se ponía de manifiesto cuando ya en la adolescencia salía con alguna chica y alguno se metía con ella. Conmigo lo que quisieran, no entraba al trapo de las provocaciones, pero a ella…, ni tocarle un pelo permitía. Un rol de caballero que tenía muy asumido cuando salía con alguna, y del que era consciente que llevaría hasta sus últimas consecuencias. Ocasiones las hubo, pero quizá debido a mi total determinación en ese sentido, las situaciones comprometidas que se generaron en más de una ocasión no llegaron a un trágico desenlace.

Raquel me inspiraba ante todo muchísima ternura, y lo del abrazo no se lo escribí en sentido figurado, llegué a sentirlo hasta en mi piel. Pese a no saber apenas nada de su vida la veía como una mujer muy dulce frustrada en su romanticismo y lacrada con el sello de la decepción y del dolor, y pese a ello no se apreciaba ningún rencor en su mirada, sólo resignación. Ojos limpios, sin recovecos, sin disfraces, ni tan siquiera pintura en sus párpados, como tampoco en sus labios. Sencillez, franqueza, también fragilidad pese a la determinación de no romperse. Se me antojaba como una de esas rocas de los acantilados azotadas por un mar embravecido, inertes ante su ataque, resignadas a deteriorarse con el tiempo, a sucumbir ante lo inevitable, sin poder presentar otra batalla que su propia consistencia, y con el único anhelo de llegue ese día soleado, de brisa suave y perfumada, en el que ese mismo mar acariciará suavemente su piel, se detendrá en sus hendiduras y las llenará de serenidad, de calidez, de vida.

Me acosté imaginándome a su lado tomando ese café en una terraza de cualquier lugar, este no existía, sólo ella, sus ojos, su pelo meciéndose en el aire, yo hablándola, ella escuchándome con su mirada puesta en los míos, y por fin una sonrisa que aparece en sus labios, casi a su pesar, inesperada, restringida, obligando a los músculos de su rostro a dibujar aquél gesto olvidado en el tiempo, los labios aún juntos, con el pudor de quien se desviste torpemente por primera vez ese año para tomar el sol en la playa mostrando a unos desconocidos el cuerpo que ha mantenido oculto durante todo el invierno. Una nueva sonrisa, esta más suelta, con la agilidad de quien ya repite un movimiento conocido, y otra más, y finalmente otra en la que sus labios se separan intentando no alejarse demasiado, no mostrar impúdica­mente la alegría de su boca entreabierta, su mano abalanzándose rápidamente sobre ella intentando ocultarla, y yo cogiéndosela, retirándola lentamente de sus labios para observar esa sonrisa arrancada de tiempos lejanos, sin acariciar su piel, sólo abrazándola con la mía, apretándola con firmeza, queriendo expresarle que ahora, en este momento en el que estoy a su lado, nada puede perturbarla, invitándola a dejarse llevar, a alejar esa soledad que expresan sus ojos sintiéndose acompañada de los míos, a disfrutar de ese dulce y mágico instante.

Iría a verla, no sabía cómo, no sabía cuándo, quizá ni tan siquiera el por qué, pero esa misma noche tomé la decisión de que la vería en persona.